



Ensamblando la ciudad transnacional

Etnografía especular de los espacios transnacionales urbanos*

RESEÑADO POR MARÍA ANA PORTAL**

Leer un texto como éste constituye siempre una oportunidad no sólo por lo que sus páginas dicen, sino además por el eco que genera sobre nuestro propio trabajo. Es una suerte de espejo donde vemos lo que hacen otros, al tiempo que nos permite comparar con lo que hacemos nosotros. Al terminar la lectura me di cuenta de que mi mirada sobre lo transnacional y sobre lo urbano cambió, se enriqueció, se amplió.

Una característica fundamental del libro es que, a diferencia de otras obras colectivas que suman las experiencias individuales de los investigadores bajo el cobijo de un tema común pero con pocas interconexiones reales, lo que aquí encontramos es un trabajo de investigación colectivo de largo aliento y uno de los muchos resultados que el proyecto sobre ciudades transnacionales de la Universidad Autónoma Metropolitana ha producido.

De allí que el título –*Ensamblando la ciudad transnacional*– sea más que una frase retórica “bonita” con la que se nombra un trabajo: expresa algo mucho más profundo y que atraviesa varios planos. Así,

la idea de *ensamblar* no sólo se refiere a la ciudad como tema de investigación, sino al proceso mismo de producción de conocimientos. Y es que, cuando se hace trabajo de investigación grupal de esta envergadura, se ensamblan ideas, miradas, conceptos y formas de aproximarse a la realidad, lo que le da una enorme complejidad al proceso de investigación, pues implica capacidad de dialogar, de escuchar, y de construir a partir de las exploraciones individuales un todo relativamente consensuado. Esto le da a la obra una gran cohesión interna y la posibilidad de sacar conclusiones generales, cuestión que sólo se logra cuando hay un marco teórico compartido y construido a lo largo de procesos de contraste y redefiniciones conjuntas.

Grosso modo, podemos dividir el libro en tres partes. Primero, una introducción que nos da el contexto de la investigación, comparando estos trabajos con otros previos, y cimentando con ello una especie de trayectoria conceptual y metodológica muy interesante, donde los editores muestran cómo se ha

ido moviendo la idea que originalmente tenían sobre el fenómeno de lo transnacional, que en un primer momento se fijó en los procesos rurales, hasta llegar a una concepción más urbana del mismo. Llama la atención que esta trayectoria particular se va articulando con los procesos que ha seguido la antropología sobre dicha temática y a través de ello podemos percatarnos de cómo las concepciones sobre ciudad y migración –que en un principio partieron de los estudios de los lugares tanto expulsos como receptores de migrantes– incursionan ahora en la idea de redes sociales. Pero el lugar y la red no son vistos como aproximaciones antagónicas, sino como procesos que se enlazan de diferentes maneras en situaciones y momentos específicos.

Los editores plantean entonces trabajar la ciudad como redes de conexiones, donde éstas tienen un carácter concreto, horizontal y desde abajo, que los sujetos construyen como *espacios urbanos transnacionales*. Es decir, sugieren analizar la cualidad de esas redes en cada caso en particular. Esta propuesta denominada *transnacionalismo urbano* les permite distinguirse, por un lado, de los estudios sobre la ciudad como redes de interconexión, ya que van más allá de éstas en la medida en que buscan una descripción densa (en términos de Geertz) de dichas redes; y, por otro, de los estudios de la ciudad global, que tienden a mirar los procesos transnacionales desde arriba, desde los procesos financieros y empresariales que pierden de vista al sujeto que está en movimiento en otros circuitos ajenos a ese tipo de transnacionalidad.

* Federico Besserer y Daniela Oliver (eds.), *Ensamblando la ciudad transnacional. Etnografía especular de los espacios transnacionales urbanos*, Juan Pablos Editor/Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2014, 288 pp.

** Profesora-investigadora del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Av. San Rafael Atlixco núm. 186, col. Vicentina, delegación Iztapalapa, 09340, México, D. F. <marianaportal@gmail.com>.

Para explicar lo anterior, los editores utilizan una metáfora muy elocuente. Dicen que “a la par que hacemos investigación desde los rascacielos para comprender la ciudad global, se requiere una antropología desde las aceras, los autobuses y los cafés internet que nos ayude a entender la vida de ese gran espacio marginal transnacionalizado” (p. 37).

Este enfoque les facilita definir la ciudad transnacional “como nodos de una red mayor de una o varias ciudades que forman espacios urbanos discontinuos” (p. 27), donde los conceptos de frontera y escala juegan un papel fundamental.

La introducción termina con un ejercicio muy interesante en el cual los editores exponen, con base en las experiencias etnográficas, una tipología de los espacios urbanos transnacionales desde dos dimen-

siones: la densidad de las relaciones sociales internas de los sujetos sociales colectivos y el nivel de institucionalidad que pueden tener. Con esta propuesta se puede construir una suerte de abanico de posibilidades de transnacionalización a partir de un tejido muy fino sobre las múltiples formas que adquiere la migración, ampliando notablemente la mirada de los lectores.

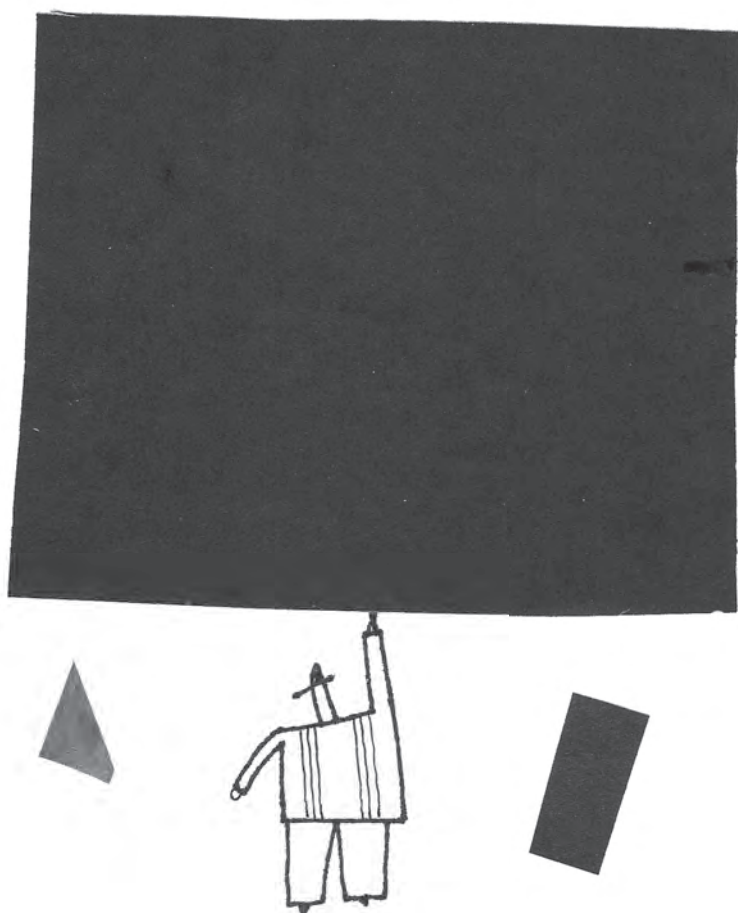
La segunda parte del libro está constituida por cuatro etnografías que ponen en juego las propuestas teóricas desarrolladas en la introducción. En ellas encontramos las diversas escalas de la transnacionalidad, y maneras muy disímbricas de construir fronteras y pertenencias.

Sandra Tafolla comienza con un trabajo autorreferencial sobre “La calle transnacional”. A partir de

historias familiares y de vecinos revela cómo la calle Vicente Guerrero de la colonia Arboledas en Cuautepec, Distrito Federal, tiene continuidad simbólica con una calle de Myrtle Beach de Carolina del Sur, Estados Unidos. Los vecinos de una habitan ahora la otra, pero manteniendo los vínculos a partir de *ires* y *venires* entre ambos espacios y con diversas formas y grados de intensidad; los viajes, las llamadas telefónicas, los recuerdos del antes y el hoy, las vivencias culturales, etcétera, confluyen en narraciones cargadas de afectos y presencias ausentes.

La experiencia de migración puesta en primera persona nos obliga a replantearnos el trabajo antropológico. ¿Cómo consigue Tafolla ser parte de su propio objeto de estudio? ¿Cómo toma distancia cuando su propia familia es informante? ¿Cómo logra el extrañamiento necesario para hacer de lo cotidiano objeto de su investigación?

Tatiana Lara analiza otra escala de la cuestión: “La colonia transnacional”, donde describe la relación que existe entre la colonia popular El Progreso, en Ciudad Neza, y Smithtown, en Long Island, Nueva York. Para explicar las características de este proceso se enfocará en las relaciones de género, buscando el contraste de la mirada entre los hombres –que son quienes mayoritariamente migran– y las mujeres que se quedan constituyéndose en una especie de bisagra entre los espacios discontinuos. Inicia su trabajo contextualizando en términos históricos los diversos procesos migratorios (campo-ciudad, ciudad-ciudad, ciudad nacional-ciudad internacional). Los lectores podemos darnos cuenta cómo la migración se convierte en un proceso cada vez más urbano, incidiendo de manera directa en la vida de los habitantes de El Progreso. Su etnografía pone de manifiesto el papel



que juegan las familias en la organización para migrar, cómo la migración ha devenido una forma de constituirse en hombre, y el rol que cumplen las mujeres, todo ello en un continuo cambio y reconstrucción en todos los niveles de la vida cotidiana tanto en México como en Estados Unidos.

Las siguientes dos etnografías se abocan al examen de espacios fundamentalmente étnicos. Daniela Reyes revisa “La comunidad indígena urbana transnacional” a partir del trabajo de campo intenso entre San Juan Mixtepec, Oaxaca, y San Miguel Cuevas, Coahuila. La autora da cuenta de las estrategias de los mixtecos –vistos como indígenas urbanos– para reproducir elementos desde los cuales construyen su identidad. Considera que comunidad y pertenencia no son universos acabados o cerrados, sino que están en constante reconfiguración por las nuevas generaciones que aportan componentes para su transformación, pero manteniendo siempre la idea de ser mixteco. Aquí aparecen, desde mi perspectiva, dos conceptos centrales: el de *fronteras urbanas* a las cuales se anclan las comunidades indígenas –con prácticas tanto locales como transnacionales–, construyendo, desde esta amalgama, su identidad étnica; y el de *pertenencia*, la cual se concibe con múltiples amarres, tantos como comunidades mixtecas existen. Es decir, se rompe con la mirada estática de la identidad y la pertenencia en donde se puede ser mixteco de distintas formas y a partir de diversas estrategias. Pareciera que, en el caso de San Miguel Cuevas, el sistema de cargos es uno de los factores de cohesión, pero puede haber otros. Una cuestión que me atrae mucho de este trabajo es la presencia constante de la ciudad, no como un mero contexto, sino

como parte intrínseca de lo étnico transnacional.

Ximena Alba, por su parte, aborda “El barrio transnacional”. Analiza La Chinesca o barrio chino en Mexicali, contrastándolo con el Chinatown estadounidense, y con la investigación de Mónica Cinco que se enfoca en el barrio chino de la Ciudad de México. La autora descubre que, a pesar de las diferencias entre estas comunidades, hay importantes articulaciones generadas, en primer lugar, por la cadena global de mercancías étnicas que se distribuyen en barrios chinos en todo el mundo y, en segundo lugar, por una intensa red de relaciones sociales con atributos específicos en cada sitio. Para ella, lo que se ha llamado *barrio transnacional* es un archipiélago de formas urbanas, dispersas en la geografía, pero articuladas por redes comunitarias, organizaciones sociales y políticas, y cadenas mercantiles. Con sumo detalle, Alba nos muestra una faceta de los chinos (o los *huaren* en particular) que poco se ha visto: el barrio chino como fachada que crea una distancia defensiva frente a la sociedad mayor, aunque también lo conecta a ella. Esta fachada –comercial– esconde y favorece la reproducción de una comunidad *huaren*, produciéndose una dicotomía entre el barrio de vida y el de comercio.

Las cuatro etnografías, además del riquísimo material empírico, tienen una reflexión teórica sumamente interesante, que facilita al lector generar puentes entre ellas. Por ejemplo, el concepto de frontera –tan explícito en el trabajo de Daniela Reyes– es una constante en todos los casos de estudio; en tanto, la ciudad como elemento articulador de las identidades, o la propia noción de pertenencia, representan ejes transversales en todas las reflexiones.

En la última parte del libro, titulada “Etnografía especular y contiendas culturales”, Federico Besserer y Daniela Oliver hacen una síntesis de todo el texto y una especie de ejercicio de conclusión, que aporta diversos puntos para el desarrollo del tema, de los que sólo resumiré tres, que me resultaron sumamente sugerentes:

1. La idea de *etnografía especular*. El concepto lo retomaron de la escritura de Leonardo Da Vinci, que al escribir de derecha a izquierda requería un espejo para ser leída. De igual manera, reconocen los autores, para entender el fenómeno transnacional se requiere un espejo para ver ese paisaje urbano desde la complejidad de las fronteras y las diásporas, que por su condición producen imágenes parciales de sí mismas.
2. La idea de las fronteras como espacios de yuxtaposición de la diversidad cultural; como un espacio donde se clasifican y se separan los modos de vida y las identidades. Esto les permite –retomando a Mike Davis– conceptualizar la idea de una tercera frontera, cuyos límites varían dependiendo de la comunidad migrante, de las ciudades a las que llega y de las que se va, de las relaciones de poder, etcétera. Es decir, presentan una mirada muy maleable de algo aparentemente rígido e inamovible como es la línea divisoria que implica una frontera.
3. La idea de la ciudad como parte de un proceso flexible –imagen que atraviesa toda la obra– en donde vemos que ésta se construye en los vaivenes de la transnacional.

lidad, impactando a los sitios de origen y a los de llegada. Esto nos da una representación más completa de la migración, pues pareciera que el mundo entero se construye y deconstruye, se produce y se recrea a partir del movimiento de los sujetos y sus comunidades.

El libro termina con “El carrito de mangos”. Rosario Mata desarrolla de modo breve, como una suerte de pincelada final, un interesante análisis de una fotografía en la cual la frontera física de Tijuana no impide el intercambio comercial y simbólico entre los que habitan de

ambos lados de la frontera. El carrito de mangos –en cuanto imagen y en cuanto realidad social– denota las estrategias culturales que entran en juego para sortear esos espacios excluyentes y clasificadores de la condición humana. El vínculo a través de una mercancía como los mangos –que de un lado se venden en pesos y del otro en dólares– evidencia la porosidad de las vallas, que siempre se pueden esquivar, pues cualquier pequeña grieta que queda abierta en esos muros aparentemente tan sólidos sirve para mirar al otro lado y, por qué no, comerse un mango, que, en sentido estricto, es ilegal.

Ensamblando la ciudad transnacional es revelador de procesos ocultos, pues nos dibuja los ámbitos transnacionales desde lo pequeño, lo cotidiano, lo que está en el interior de las casas, en los sótanos, o en los intersticios sociales. También, aporta grandes ideas en el más sencillo de los lenguajes y desde la concreción de la vida cotidiana de los sujetos. Es uno de esos textos que se tienen que leer porque está construido a partir de la dimensión humana tanto de los sujetos de estudio, como de los investigadores que en él participan. Es un libro que encierra una multiplicidad de conceptos, pero, sobre todo, de afectos.